

La relación saber-poder en la disciplinarización de saberes. *

The knowledge-power relationship in the disciplinarization of knowledge.

Por: Rohaly, Yamila Aldana Belén **

Universidad Nacional del Nordeste.

Resistencia, Chaco. Argentina

E-mail: yamilarohaly20@gmail.com

Fecha de recepción: 9/04/2022

Fecha de aprobación: 19/04/2022

DOI: <http://dx.doi.org/10.30972/ach.075869>

Resumen

En el presente trabajo nos proponemos trabajar la perspectiva foucaultiana en vinculación a ciertas teorías críticas del pensamiento latinoamericano. En este marco, se pretende indagar sobre la relación saber/poder en el pensamiento foucaultiano presentes principalmente en sus obras *Vigilar y Castigar* (1982) *La arqueología del saber* (2002) y *Defender la sociedad* (2008), recuperando asimismo aportes de Anibal Quijano y Santiago Castro Gómez. A partir de tal vinculación, trataremos de analizar cuáles son las implicaciones y aportes del análisis foucaultiano en relación a los saberes-otros y a la disciplinarización de saberes. La hipótesis general es mostrar que el análisis del poder y la relación entre saber y poder que propone Foucault, a pesar de considerarse indiferente del poder colonial, del colonialismo como poder global y de sus consecuencias también globales, nos brinda herramientas para comprender la colonialidad en el ámbito epistémico y de-velar ciertos mecanismos que se utilizan a nivel global como estrategia de estabilización, tales como podría considerarse el

* Utilizamos la noción saber-poder -con un guión corto entre ambas palabras- con la intención de denotar la implicación mutua que se da entre estas, tal como lo plantea Foucault y se desarrollará en el trabajo. El presente trabajo se desarrolló en el marco del cursado de la cátedra *Seminario II "Análisis de un problema filosófico"* en el año 2020.

** Estudiante del Profesora y Licenciatura en Filosofía, Facultad de Humanidades (UNNE).

discurso del racismo. El camino recorrido nos da cuenta de la necesidad de cuestionarnos sobre el modo de producción de conocimiento para develar la operatoria interna a partir de la que desenvuelve tal producción y a qué intereses responde. En este sentido, los procedimientos de disciplinarización de saberes y el discurso del racismo apropiado por el Estado y puesto en acción en los diferentes mecanismos que despliegan son cruciales.

Palabras claves: disciplina - biopoder - colonialidad - normalización- racismo

Abstract

In this paper we propose to work on the Foucauldian perspective in connection with certain critical theories of Latin American thought. In this framework, we intend to investigate the relation knowledge/power in Foucauldian thought, mainly present in his works *Vigilar y Castigar* (1982), *La arqueología del saber* (2002) and *Defender la sociedad* (2008), also recovering contributions of Anibal Quijano and Santiago Castro Gómez. From this linkage, we will try to analyze what are the implications and contributions of Foucauldian analysis in relation to the knowledge-others and the disciplinarization of knowledge. The general hypothesis is to show that the analysis of power and the relation between knowledge and power proposed by Foucault, in spite of being considered indifferent to colonial power, colonialism as a global power and its global consequences, provides us with tools to understand coloniality in the epistemic field and to unveil certain mechanisms used at the global level as a stabilization strategy, such as the discourse of racism. The path we have followed shows us the need to question ourselves about the mode of knowledge production in order to unveil the internal operation from which such production unfolds and to which interests it responds. In this sense, the procedures of disciplinarization of knowledge and the discourse of racism appropriated by the State and put into action in the different mechanisms they deploy are crucial.

Keywords: discipline - biopower - coloniality - standardization - racism

Cómo citar este artículo:

APA: Rodríguez, N. E. (2022). La (no) satisfacción como fin. Voluntad, pulsión y deseo desde Schopenhauer, Freud y Kierkegaard. *Acheronta*, N° 7, 67-97. Recuperado de: (agregar dirección web)

Introducción

El presente trabajo se desarrolla en el marco del cursado de la cátedra *Seminario II “Análisis de un problema filosófico”*. Nos proponemos, de acuerdo al enfoque de la misma, trabajar la perspectiva foucaultiana de manera problematizadora en vinculación a ciertas teorías críticas del pensamiento latinoamericano. En este marco, se pretende indagar sobre la relación saber y poder en el pensamiento foucaultiano presentes en sus obras *Vigilar y Castigar* (1982), *La arqueología del saber* (2002) y *Defender la Sociedad* (2008). A su vez, se recuperarán aportes de Anibal Quijano en sus escritos *Colonialidad y Modernidad/Racionalidad* (1992) y *Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina* (2014) y de Santiago Castro Gómez en *Michel Foucault, colonialismo y geopolítica* (2010). A partir de tal vinculación, trataremos de analizar cuáles son las implicaciones y aportes del análisis foucaultiano en relación a los saberes-otros¹ y a la disciplinarización de saberes.

Servirnos metodológicamente del pensamiento de Michel Foucault para reflexionar sobre la relación entre saber y poder resulta de gran importancia considerando que sus aportes constituyen herramientas indispensables para el pensamiento crítico. A partir de los elementos que nos aporta, es posible desentrañar las posturas y enunciaciones de diversas teorías respecto de las configuraciones de saberes y validación del conocimiento, cuestionando el lugar que ocupa el mismo y a qué se considera conocimiento legítimo. La temática en cuestión ha sido ampliamente trabajada, desde diversas perspectivas. Pero no es sino hasta Foucault que se da un paso crucial para develar la operatoria del poder en los campos del saber. La hipótesis

¹ Consideramos aquí esta noción para referirnos a aquellos saberes históricamente desplazados por la ciencia moderna, considerados inferiores por no cumplir con ciertos parámetros de cientificidad o de racionalidad.

general es mostrar que el análisis del poder y la dialéctica saber/poder que propone Foucault, a pesar de considerarse indiferente del poder colonial, del colonialismo como poder global y de sus consecuencias también globales, nos brinda herramientas para comprender la colonialidad en el ámbito epistémico y de-velar ciertos mecanismos que se utilizan a nivel global como estrategia de estabilización, tales como podría considerarse el discurso del racismo.

Es de nuestro interés tomar los aportes del pensamiento decolonial de Quijano y Castro Gómez, ya que introducen otros aspectos a tener en cuenta para pensar la relación saber-poder en relación a los saberes-otros. En este sentido, Anibal Quijano introduce un aspecto en la relación saber y poder que, a su criterio, no ha sido teorizado por los pensadores posmodernos -incluyendo a Foucault-. En su análisis, hace evidente que es a través del surgimiento del poder colonial europeo y la posterior colonialidad del poder que se ha contribuido a la emergencia, imposición y permanencia del paradigma occidental de conocimiento racional como “único conocimiento legítimo en el mundo”, es decir un paradigma que adquiere universalidad más allá de Europa. Para lograrlo, se ha valido del racismo, ha producido el imaginario social a partir del cual los pueblos colonizados se consideraron inferiores y desiguales. Por lo tanto, a partir de dicha distinción jerárquica se han reprimido sus modos de conocer, modos de sentir, modos de vida y visiones del mundo. En su lugar se impusieron modos de expresión y creencias europeas. (Quijano, 1992). Como se mencionó, Quijano toma en cuenta la colonialidad del poder, aspecto no teorizado por Foucault, y a partir de esto erige su teoría mostrando cómo a raíz de las desigualdades que trae aparejadas el mismo, operando bajo una lógica racista, emerge y prevalece epistemológicamente el paradigma de conocimiento universal occidental.

Sin embargo, si atendemos a lo teorizado por Foucault en *Defender la Sociedad* (2008), se podrá notar que dicho autor no niega la existencia de un poder global. En cambio, se puede afirmar que, de modo metodológico, le interesa ocuparse de los aspectos “capilares” del poder ya que según su postura, es en aquellas prácticas locales, donde puede apreciarse cómo las regulaciones cumplen su función y se

vinculan a redes de poder más globales -lo que denomina oportunamente *geopolítica*-. Precisamente el análisis del poder que propone Foucault pretende mostrar la complejidad en que se constituyen las redes de poder, con diferentes niveles -locales y globales- y, que de manera dinámica y heterogénea utiliza diversos dispositivos en dicho ejercicio -tales como el control sobre los cuerpos, el racismo, etc-. Según aportes de Santiago Castro Gomez el análisis del poder foucaultiano tiene una perspectiva *heterárquica* la cual está en oposición a una perspectiva jerárquica (Castro Gómez, 2010). Atendiendo a lo expuesto, no es justo tomar el análisis del poder de modo jerárquico y tampoco se puede afirmar que Foucault niega la existencia de un poder ejercido globalmente -lo que Quijano denomina colonialidad del poder-, sin embargo, podemos preguntarnos cómo podría entenderse tal omisión.

La importancia de plantear la disciplinarización de saberes como aquello que por un lado posibilita y mantiene, pero a su vez, es un efecto de la relación saber-poder, radica en mostrar la vinculación estrecha que existe entre entre lo epistemológico y lo político. Vincular a Foucault con las teorías de Anibal Quijano y Santiago Castro Gómez, puede en cierto sentido ser un desafío porque se tratan de análisis del poder en muchos casos antinómicos. Sin embargo consideramos que a partir de mostrar la implicación que existe entre saber y poder y el rol de “la ciencia” en la disciplinarización de saberes, se ponen en evidencia los efectos de tal institucionalización del saber. El Eurocentrismo, considerado como un tipo de conocimiento que se autodenomina universal y que pretende servir como arquetipo para describir otros mundos y realidades, basándose en la negación y desplazamiento de los mismos, puede considerarse como parte del proceso de disciplinarización. A raíz de este tipo de conocimiento, se define qué saberes son válidos y legítimos y, asimismo las producciones de conocimiento se construyen sobre la base de esta negación de saberes-otros y de esos otros mundos. No obstante, las luchas y resistencias de los pueblos por su autonomía y autodeterminación, por sus saberes y quehaceres, se constituyen como puntos de resistencia fundamentales en las redes de poder.

Comenzaremos por desarrollar el análisis del poder que realiza Michel Foucault, puntualizando, en principio, las cuatro precauciones que este autor brinda en *Defender la Sociedad* (2008), las cuales se consideran claves para el estudio del poder. Esto, nos permite introducir la caracterización del poder como *heterárquico* que propone Castro Gómez (2010) sobre la concepción foucaultiana. A raíz de esto, nos ocuparemos de estudiar lo que podemos denominar “cambios de paradigmas” en el terreno del poder y sus mecanismos, en función de cada época, trabajaremos con el poder real - soberanía-, la disciplina y el biopoder. Nuestra intención será mostrar cómo se dan estos pasajes con el objetivo, en primera instancia, de cuestionarnos si aquella caracterización *heterárquica* que menciona Castro Gómez se vincula y es compatible también con otros modos en que operan las redes de poder, ya sea jerárquicamente, anárquicamente, etc.

Seguidamente, abordaremos la relación entre saber y poder. Desarrollaremos en principio lo que expone Foucault -en su etapa arqueológica- sobre cómo se configuran los campos de saber, las epistemes de cada época y a qué responden tales formaciones discursivas. Luego nos enfocaremos en la relación que establece entre el poder y el saber mostrando que existe una implicación mutua. Si atendemos a lo desarrollado por Foucault, su teoría es una crítica a la concepción moderna (cartesiana/kantiana) del conocimiento considerado como resultado de la relación sujeto-objeto. Propone por su parte una nueva forma de concebir el saber en relación al poder, atendiendo especialmente a ciertas prácticas sociales como productoras de dominios de saber y sujetos de conocimiento. Y trataremos de indagar cuáles son las herramientas que nos brinda la relación saber-poder para visibilizar la colonización del saber dada a partir de la colonialidad del poder y el eurocentrismo (Quijano, 1992, 2004). Seguidamente nos enfocaremos en la disciplinarización de los saberes y en cuestionarnos de qué manera la ciencia moderna hegemónica se relaciona con los saberes- otros.

Para finalizar, y a raíz de lo desarrollado especialmente sobre la disciplinarización de saberes y el tipo de relación que subyace en los procedimientos

que despliega la disciplina para homogeneizar y ordenar tales saberes, nos ocuparemos del *discurso del racismo* como dispositivo utilizado por el biopoder, vinculando el análisis que realiza Foucault con la teoría de Anibal Quijano sobre la *idea de raza*. La apuesta aquí se trata de indagar la posibilidad de que la dinámica saber-poder se valga del racismo como dispositivo de estabilización para que el disciplinamiento en el ámbito de los saberes sea efectivo. Teniendo en cuenta los aportes de Quijano, quien considera a la *idea de raza* profundamente arraigada a la colonialidad del poder, trataremos de relacionar este dispositivo como un elemento fundamental a partir del cual podrían desplegarse los procedimientos disciplinarios sobre los saberes que más tarde pasan a ser considerados legítimos en tanto científicos. El camino recorrido nos da cuenta de la necesidad de cuestionarnos sobre el modo de producción de conocimiento para develar la operatoria interna a partir de la que desenvuelve tal producción y a qué intereses responde. En este sentido, los procedimientos de disciplinarización de saberes y el discurso del racismo apropiado por el Estado y puesto en acción en los diferentes mecanismos que despliegan son cruciales.

Precauciones en las redes de poder: heterarquías y jerarquías

En el presente capítulo pretendemos realizar una aproximación al concepto de poder en Foucault, y vincularlo con los aportes de Castro Gómez sobre el análisis del poder desde una mirada decolonial. Comenzaremos pues con aquellos puntos presentes en la clase del 14 de Enero de 1976 de *Defender la Sociedad*, que consideramos de gran importancia para comprender no sólo la metodología foucaultiana sino también la complejidad conceptual que propone.

En el marco de estudiar la relación entre las reglas del derecho y los discursos de verdad que emergen a partir de estas Foucault pone en evidencia que el discurso jurídico mueve una serie de prácticas de sometimiento diversas y múltiples en la sociedad. A raíz de este modo de comprender la dominación no de modo global, sino polimorfa, le resulta necesario establecer ciertas precauciones a fin de fijar la metodología sobre el análisis del poder que realizará. En principio hace referencia a

cómo va a estudiar y entender el poder, sostiene que no se trata de analizarlo en cuanto a sus mecanismos generales y efectos globales.

No se trata de analizar las formas regladas y legítimas del poder en su centro, en lo que pueden ser sus mecanismos generales o sus efectos de conjunto. Al contrario, se trata de captar el poder en sus extremos, en sus últimos lineamientos, donde se vuelve capilar (Foucault, 2008, p. 36).

Por el contrario, Foucault atenderá a los aspectos *capilares* del poder, allí dónde se encarna en diversas técnicas de procedimientos, allí dónde se constituye en instrumentos para intervenir diferentes situaciones, podríamos decir, en aquellas particularidades que los mecanismos de poder generales dan como resultado a escala ínfima, pero no por ello, menos evidente. En este punto, se puede resaltar que Foucault está diferenciando niveles en los que las redes intervienen, de esta manera destaca la existencia de aspectos más locales y otros niveles más globales en los que se mueve el poder. Declara, además, su interés por aquellas prácticas locales que constituyen el punto de partida de los estudios que realizará.

Luego, en segundo término, plantea que en su análisis no estudia al poder como aquello poseído o encarnado solo en pocas figuras y sus decisiones; más bien trata de profundizar en la instancia material del sometimiento, y a partir de ello, analiza los diversos y polimorfos cuerpos, deseos, pensamientos que gradualmente se constituyen como sujetos o individuos. En otras palabras, estudiar al poder “por el lado en que su intención -si la hay- se inviste por completo dentro de prácticas reales y efectivas (...), dónde está en relación de manera directa e inmediata con lo que podemos llamar, de manera provisoria, su objeto (...)” (Foucault, 2008, p. 37).

Hay dos cuestiones que quisiéramos destacar en esta segunda precaución que nos brinda Foucault. Por un lado, podemos afirmar que no está entendiendo al poder como posesión, como algo apropiable. En cambio, le interesa el análisis de aquellas prácticas sociales a partir de las cuales se construyen sujetos “sujetados” a los mecanismos de poder, que a su vez son transversales a los mismos sujetos. Esto es crucial para analizar el concepto de *heterarquía* que propone Castro Gomez y que

veremos más adelante. Por otro lado, en este segundo punto, Foucault menciona al sujeto como algo constituido a partir de las prácticas sociales, con este aspecto vemos que produce una ruptura con la concepción moderna tradicional que considera al sujeto como aquello previamente dado a partir del cual brota el conocimiento y la verdad. En palabras de Foucault (2011), su interés radica en

(...) ver cómo se produce, a través de la historia, la constitución de un sujeto que no está dado definitivamente, que no es aquello a partir de lo cual la verdad se da en la historia, sino de un sujeto que se constituyó en el interior mismo de esta, y que a cada instante es fundado y vuelto a fundar por ella (pp. 14-15).

En la tercera precaución, relacionada íntimamente con las dos anteriores, se establece que el poder no debe ser analizado como algo homogéneo. Al contrario, es dinámico, se ejerce en cadena, funciona como una red en la cual los individuos se mueven en múltiples relaciones de poder, ya sea ejerciendo poder o siendo sometidos. A su vez, estos roles son también dinámicos. Tampoco el individuo debe ser entendido como aquello que, siendo pre-existente al poder, es sometido por él. Más bien, entiende que el individuo es un efecto del poder, es decir que se constituye como individuo a partir de la acción de ciertos mecanismos ejercidos sobre los cuerpos. Es clave tener en cuenta que además de ser un efecto, el individuo también es atravesado y movilizado por el poder formando parte de una red de relaciones. En este sentido, Foucault (2008) indica que “El poder funciona. El poder se ejerce en red, y en ella, los individuos no sólo circulan, sino que están siempre en situación de sufrirlo y también ejercerlo” (p. 38).

Como se puede notar, en su perspectiva dinámica, no hay quienes padezcan la dominación absoluta ni quienes ejerzan el poder en esos términos. A esta propuesta foucaultiana Castro Gómez (2010) la denomina *heterárquica*. Esta noción se opone a la de *jerarquía*, la cual considera al poder en términos de dominación absoluta. A su vez, se trata también de una propuesta que intenta rescatar otros sentidos en las palabras,

sentidos que superen las reducciones del lenguaje eurocéntrico de las ciencias sociales decimonónicas. Así, Castro Gómez (2007) define las heterarquías como

(...) estructuras complejas en las que no existe un nivel básico que gobierna sobre los demás, sino que todos los niveles ejercen algún grado de influencia mutua en diferentes aspectos particulares y atendiendo a coyunturas históricas específicas. En una heterarquía, la integración de los elementos disfuncionales al sistema jamás es completa, como en la jerarquía, sino parcial (...) (p. 19).

Así concebido, el poder no es posesión, sino que más bien se trata de múltiples y móviles ejercicios en el marco de las relaciones *enredadas* de poder. Según esta perspectiva, no hay un nivel que tenga en sí mismo o que se haya apropiado del ejercicio del poder y por lo tanto, someta a los demás niveles por ser inferiores, de menor jerarquía. Sino que, por el contrario, opera como una red transversal a todos los niveles los cuales se influyen mutuamente, pero dichas influencias jamás se traducen como dominaciones absolutas. Recordemos que el análisis del poder no es homogéneo, sus roles son siempre dinámicos.

En cuarto lugar, Foucault (2008) refuerza su interés por los niveles locales al mencionar que el análisis del poder a realizar es ascendente, es decir que le interesa comenzar por estudiar históricamente aquellos mecanismos de poder a escala ínfima, desde los niveles más bajos, y analizar cómo se fueron estableciendo con procedimientos sólidos para luego ser colonizados y cooptados por mecanismos generales y globales. Precisamente se trata de dar cuenta que las acciones concretas de mecanismos de control fueron realizadas a causa de diferentes y múltiples necesidades en las escalas ínfimas (familias, médicos, policía local, etc), pero que no responden en primer lugar a modos globales de dominación. Sin embargo, estos niveles “molares”, en el sentido deleuziano del término, se apropian de los

mecanismos locales, por intereses económicos y políticos, los colonizan y los reproducen a escala global. Entonces, su objetivo es

(...) partir de los mecanismos infinitesimales, que tienen su propia historia, su propio trayecto, su propia técnica y táctica, y ver después, cómo esos mecanismos de poder, que tienen por lo tanto su solidez y, en cierto modo, su tecnología propias, fueron y son aún investidos, colonizados, utilizados, modificados, (...) por unos mecanismos cada vez más generales y una forma de dominación global (Foucault, 2008, p. 39).

En último término, este autor agrega que las bases, las escalas ínfimas no son movidas por ideologías, como sí se podría evidenciar en los mecanismos de poder globales. Precisamente, en escalas inferiores, el poder requiere de ciertos instrumentos de acumulación y registro para hacer posible la circulación de un saber, de un discurso, pero que para nada se pueden identificar con ideologías (Foucault, 2008).

Ahora bien, en resumen, estos puntos son claves a tener en cuenta para estudiar la analítica foucaultiana teniendo en cuenta que el poder no debe ser tomado como algo homogéneo y estático, tampoco en términos de posesión sino como aquello que circula y funciona dinámicamente, generando al sujeto en su mismo ejercicio. Además es en aquellos niveles ínfimos, en aquellas prácticas locales, donde emergen ciertos discursos y mecanismos de poder que interesan a su análisis.

Teniendo en cuenta lo dicho, nos enfocaremos brevemente y a modo de paréntesis, en el análisis que realiza Foucault sobre los, podemos decir, “cambios de paradigmas” en el poder, con las tecnologías y mecanismos que despliegan en diferentes épocas; a fin de evidenciar cómo es que la heterarquía puede ejemplificarse en ciertos acontecimientos. Esto nos permitirá ver a través del análisis del poder que realiza Foucault si efectivamente se trata de una perspectiva, la cual en términos de Castro Gómez (2007) se opone a lo jerárquico.

Poder real, disciplina y biopolítica.

En primer lugar, revisaremos el análisis sobre la relación del poder real con el poder disciplinario y luego, la emergencia de la biopolítica, tratando de mostrar cómo se da la aparición de nuevas maneras de ejercer el poder, con nuevos mecanismos y su posibilidad de vinculación con la perspectiva heterárquica. En su investigación sobre el poder y el derecho, Foucault establece un principio general que hace referencia a la estrecha vinculación entre las leyes jurídicas y el poder monárquico particularmente en las sociedades occidentales. Desde la Edad Media, luego de la caída del Imperio Romano, se produjo una vuelta hacia el derecho romano y este hecho, según Foucault, da lugar a una construcción de lo jurídico a merced del poder real. Esto significa que el derecho constituye un instrumento clave utilizado por el poder real para legitimarse a sí mismo y, por lo tanto, para justificar el poder absoluto del rey. Pero no se debe perder de vista, que el derecho también es un instrumento que impone limitaciones al poder real, con el fin de conservar su legitimidad.

A partir de esto, Foucault pone en evidencia que la teoría del derecho antes mencionada presenta una problemática en el modo de plantear la soberanía. La teoría del derecho plantea la soberanía a través de un discurso de verdad que tiene el propósito clave de ocultar el sometimiento y la dominación que acarrea el poder monárquico, estableciendo en su lugar los *derechos legítimos de la soberanía* y la *obligación legal de la obediencia*. Aquí vemos cómo el poder se vale de ciertas reglas del derecho para establecer discursos de verdad con el fin de legitimarse. Pero, sobre todo, se debe resaltar cómo el derecho actúa, más que en su rol de legitimador, en su ejercicio para y por el poder, dinamizando múltiples mecanismos de sometimiento. Es por ello que en este caso Foucault se va a centrar en el problema de la dominación y el sometimiento, que, como se dijo, se pretende enmascarar con las reglas del derecho y el tipo de discurso de verdad.

Una de las características que nos interesa destacar aquí es que el poder real o soberano que analiza Foucault era ejercido de forma descendente, desde arriba hacia abajo, o sea, de modo *jerárquico* y *absoluto*. Y estas relaciones de poder descendentes

eran evidentes en el vínculo soberano - súbdito. Vemos entonces que, dadas las condiciones coyunturales, los mecanismos de poder también pueden ejercerse de forma jerárquica y absoluta, lo cual se traduce como modos de dominación y sometimiento siempre descendentes. Dichos mecanismos, pueden a su vez y de forma estratégica modificarse según así lo requieran ciertos acontecimientos. Esto último, puede evidenciarse en diferentes momentos. Uno de ellos se da a partir del siglo XVII y XVIII con la aparición de un nuevo tipo de poder, el *poder disciplinario*. El surgimiento del poder disciplinario, totalmente novedoso respecto del poder real, se da en relación directa al capitalismo y la burguesía, es decir en consonancia con los acontecimientos históricos. Ahora bien, según Foucault, las relaciones que se ejercen mediante el poder disciplinario son también totalmente nuevas. Mientras que la soberanía tenía como objetivo la apropiación de bienes y riquezas, el poder disciplinario se ejerce sobre los cuerpos, buscando incrementar la fuerza y eficacia de los sometidos, para obtener mayor cantidad de bienes en el menor tiempo y costo posibles. Los dispositivos que utilizan para lograrlo son la vigilancia y la coerción permanente. Esta tecnología denominada *anatomopolítica* es la herramienta mediante la cual el poder disciplinario se manifiesta.

Hablábamos entonces de la emergencia del poder disciplinario, seguidamente existe otro momento en que se da este cambio de paradigma. A mediados del siglo XVIII, Foucault muestra que comienza a evidenciarse una transformación en la tecnología del poder que se encarga de disciplinar los cuerpos individuales con el fin de maximizar su fuerza de trabajo mediante la coerción permanente. Así es que aparece una nueva tecnología del poder, pero sin excluir ni sustituir a la antigua, sino más bien como complemento o, podríamos decir, vinculándose *heterárquicamente*. “Una tecnología de poder (...) que no excluye la técnica disciplinaria sino que la engloba, la integra, la modifica parcialmente y, sobre todo, que la utilizará implantándose en cierto modo en ella, incrustándose, efectivamente, gracias a esta técnica disciplinaria previa” (Foucault, 2008, p. 219). En este caso se trata de la *biopolítica*, una técnica de poder que no está centrada en los cuerpos individuales, ni en el disciplinamiento de estos, sino enfocada en la multiplicidad de las personas, en la especie, en la población.

El biopoder despliega mecanismos dirigidos a controlar globalmente la vida, acrecentando con esto la misma. El problema que emerge es cómo legitimar la muerte cuando nos encontramos con mecanismos dispuestos a “mejorar” lo vital. Pues bien, Foucault (2008) indica que a la inversa del poder soberano, con el biopoder se instala “(...) un nuevo derecho, que no borraría el primero pero lo penetraría, lo atravesaría, lo modificaría y sería un derecho o, mejor, un poder exactamente inverso: poder de *hacer vivir y dejar morir*” (p. 218). De acuerdo a lo mencionado, podemos decir que este tipo de poder está en un nivel superior al disciplinario, no sólo en cuanto a su aplicación sino también en tanto engloba a estas formas en que se presentaba el poder anteriormente, sin anularlas; esto nos da una pauta de su complejidad y apertura.

Junto a este giro inverso que provoca la biopolítica respecto del poder monárquico que funcionaba exactamente al revés: *hacer morir, dejar vivir*, es que aparece este nuevo mecanismo de poder no disciplinario que “(...) se aplica a la vida de los hombres e, incluso, se destina, por así decirlo, no al hombre/cuerpo sino al hombre vivo, al hombre como un ser viviente; en el límite, si lo prefieren, al hombre/especie” (Foucault, 2008, p. 220). Tal como se mencionó, a pesar de las distancias en cuanto al modo en que operan estos tipos de poderes -disciplinario y biopolítica-, no se excluyen entre sí y esto se debe justamente a que no pertenecen al mismo nivel, podemos decir que se tratan de diferentes eslabones de la cadena de poder. Por este motivo al ocuparse la biopolítica de “objetos” más globales -mortalidad, longevidad, etc- integra a la disciplina y sus mecanismos individuales según así se requiera, apropiándose de ciertas técnicas y modificándose en ciertos aspectos.

De acuerdo a lo desarrollado podemos notar que el análisis de poder que realiza Foucault, no sólo admite jerarquías absolutas según ciertas coyunturas, sino que también evidencia que ciertas prácticas de los niveles más “bajos” sean tomadas como propias en los niveles más globales, con la particularidad de ser transformadas, reubicadas, revolucionadas según las mismas coyunturas lo requieran. Según esto, podemos concluir que no se trata de una perspectiva que se opone a lo jerárquico, quizás esta expresión podría incluso opacar tal análisis o considerarse reduccionista

desde nuestra perspectiva. Podemos tomar la concepción de *heterarquía*, pero entendiendo que en la misma se admiten todos aquellos modos y maneras en que el poder pueda ejercerse -y no poseerse-. Y tal amplia gama de posibilidades puede concretarse ya sea como una dominación al modo del poder soberano, y a la vez, en otra dirección, puede manifestarse como una emancipación del poder. En el siguiente capítulo, nos preguntaremos específicamente cómo se da en el ámbito del saber, particularmente qué tipo de relación puede establecerse entre la conformación de la ciencia moderna occidental en relación a saberes-otros, en definitiva mostrando la relación entre lo epistemológico y lo político en el análisis foucaultiano.

Saber-poder y disciplinarización de los saberes

En el presente capítulo nos proponemos estudiar la relación entre saber y poder con el objetivo ulterior de indagar en cómo se produce la conformación de dominios o campos de saber que, al configurarse como científicos, excluyen saberes-otros. Intentaremos evidenciar desde la teoría foucaultiana, cómo operan dichas configuraciones y exclusiones.

En su etapa arqueológica, Foucault intenta mostrar la conformación de las formaciones discursivas y cómo estas van configurándose a partir de enunciados dispuestos según ciertas regularidades o reglas. Más tarde, dichos elementos discursivos pasan a configurarse como campos de saber, lo que no necesariamente significa que estos saberes sean tomados como ciencia, pero de alguna u otra manera subyacen a ella. Así, las disciplinas se constituyen como “científicamente objetivas” en tanto eliminan la diferencia, lo otro, reuniendo en cambio las continuidades, tomadas, por cierto, en términos de evolución y progreso. Al respecto del modo en que operan las disciplinas internamente, dicho autor plantea:

Como si, después de haberse habituado a buscar orígenes, a retomar indefinidamente la línea de las precedencias, a reconstruir tradiciones, a seguir curvas evolutivas, a proyectar teleologías, y a recurrir sin cesar a las metáforas de la vida, se experimenta una repugnancia singular a pensar la diferencia, en describir desviaciones y dispersiones, en disociar la forma tranquilizante de lo idéntico (Foucault, 2002, pp. 19-20).

En este marco, se propone realizar una historia externa a la verdad y evidenciar las discontinuidades que quedaron por fuera de las disciplinas, particularmente de la historia. Cabe mencionar que en esta etapa del pensamiento foucaultiano se ocupa de analizar el discurso de una manera aislada de lo social, es decir sin estudiar la relación de estos con las prácticas sociales, o más bien, omitiendo tal relación. No obstante, consideramos que el análisis arqueológico sobre las configuraciones internas de las disciplinas que se constituyen como homogéneas a partir de la anulación de lo “otro”, es posteriormente complementado por el análisis genealógico que nos interesa. Por su parte, en la etapa genealógica, Foucault teoriza y analiza cómo las prácticas sociales de cada época influyen, y podríamos decir, determinan la emergencia de campos de saber. Sin embargo, antes de entrar en este terreno, es preciso detenernos en la relación saber-poder ya que a partir del modo en que estos se vinculan es posible la estructuración de ciertos saberes y no de otros.

Foucault insiste en indicar que el saber no puede darse ni considerarse de forma ajena al poder, y a su vez, que el poder no puede funcionar sin el saber. En otras palabras, “(...) no existe relación de poder sin constitución correlativa de un campo de saber, ni de saber que no suponga y no constituya al mismo tiempo unas relaciones de poder” (Foucault, 1989, p. 19). Precisamente, el poder funciona solo en la medida que se den de manera, diríamos, casi previa ciertos discursos o dominios de saber que el mismo poder utiliza para dinamizarse, para circular a través de las diversas relaciones. Además de insistir en esta consideración, Foucault es preciso al demostrarla. Tal como ya se ha mencionado, cuando el poder disciplinario necesitó legitimarse utilizó ciertos discursos jurídicos que existían previamente, incluso a la emergencia del poder

disciplinario, vemos así cómo el poder requiere de ciertos discursos o saberes. No obstante, también produce saber. Al respecto se puede mencionar el conjunto técnicas de coacción hacia los presxs, los procedimientos de observación hacia lxs criminales y los registros estrictamente detallados sobre su conducta diaria. Es decir, el poder no solo tiene como efecto la docilidad de lxs cuerpxs sino que también ha generado un campo y un dominio de saber. A partir de entonces se han desplegado dominios sobre la criminalidad, la psicología, la psiquiatría, entre otras; por este motivo la prisión es considerada como un *aparato de saber*. Más precisamente, Foucault (1989) afirma que “el sistema carcelario constituye una de las armazones de ese saber-poder que ha hecho históricamente posibles las ciencias humanas”. (p. 186)

Así como este investigador ha realizado una detallada genealogía sobre la disciplinarización de lxs cuerpxs -analizada en diversas de sus obras, fundamentalmente en *Vigilar y castigar*-, afirma que asimismo en el siglo XVIII hubo una disciplinarización de los saberes a cargo del Estado. Es decir que Foucault concibe dos modos en que la disciplina se manifiesta. Por un lado, aquella que se ejerce sobre el cuerpo y tiene como resultado al individuo. Y por otro lado, la disciplina que se ejerce sobre los saberes como un modo de control de los discursos. De esta manera, tal como se describen diferentes procedimientos de la primera disciplinarización mencionada, en cuanto a los saberes la disciplina también despliega procedimientos que poseen la finalidad de categorizar y ordenar, en definitiva de homogeneizar los saberes frente a la dispersión de saberes polimorfos.

En este punto, Foucault (2008) realiza una distinción entre “historia de la ciencia” que opera según el eje *conocimiento/verdad* y la “genealogía de saberes” que se sitúa en el eje *práctica discursiva/enfrentamiento del poder*. De acuerdo a esta distinción, una de las tareas que debe llevar a cabo la genealogía de los saberes que él propone es prescindir de una idea, la idea denominada a partir de la “época de las Luces”. Afirma que hay que rehusarse a considerar esta época como una lucha contra la ignorancia, las quimeras o los mitos, sino más bien como una lucha entre saberes. Y

que estas luchas pueden enmarcarse en diversas causas, ya sea “por sus morfologías distintas, por sus poseedores que son mutuamente enemigos o por sus efectos de poder intrínsecos” (Foucault, 2008, p. 167).

Foucault (2008) detalla una serie de procedimientos que se despliegan por el Estado con el fin de llevar a cabo el ordenamiento de saberes, que tenían motivos precisos según ciertos intereses -los saberes tecnológicos y médicos son dos ejemplos que brinda al respecto-. Ahora bien, el procedimiento consiste en diferentes pasos. En primer lugar, se realiza una *selección* que opera a través de una descalificación de aquellos saberes considerados inútiles o costosos. Seguidamente, una *normalización* de estos saberes para que se puedan comunicar entre sí, “hacer que sean intercambiables no sólo los saberes sino quienes los poseen” (p. 168). Luego, se establece una *jerarquización*, mediante la cual se realiza la clasificación de saberes según su nivel de generalidad y particularidad, o sea, superioridad y subordinación. Y, por último, la *centralización*, que permite “el control de esos saberes, que asegura las selecciones y posibilita la transmisión” (p. 169). A raíz de este ordenamiento de saberes, se conforman las disciplinas que van a vincularse con una disciplina global, la ciencia. En consecuencia, la ciencia surge como resultado de los diferentes procedimientos disciplinarios aplicados a los saberes, y cobra una importancia estratégica en tanto y en cuanto no solo es un efecto de la misma disciplinarización sino que funciona como un dispositivo que garantiza los procedimientos disciplinarios.

(...) esta disciplinarización sobre los saberes provocó un desbloqueo epistemológico, una nueva forma, una nueva regularidad en la proliferación de los saberes. Se podría mostrar cómo esta disciplinarización ha conducido a un nuevo modo de relación entre poder y saber. En fin, se podría mostrar cómo, a partir de estos saberes disciplinados, apareció una coerción nueva, que no es más la coerción de la verdad, sino la coerción de la ciencia (Foucault, 2008, p. 173).

A partir de lo desarrollado, vemos cómo el poder disciplinario no solo va a producir saberes a medida que se ejerce en las diferentes relaciones de poder, ya sea en la prisión o en la escuela, haciendo patente la relación saber-poder. Sino que además va a ser utilizado estatalmente para “ordenar” los saberes. Y la Universidad moderna cumple un rol fundamental para garantizar que esto así sea, ya que opera a través de la selección de los saberes, de manera tal que “el saber en estado salvaje, el saber nacido en otra parte, quede, de entrada y de manera automática, no digamos que totalmente excluido, pero sí al menos descalificado” (Foucault, 2008, p. 171). Si bien, Foucault no teoriza sobre el desplazamiento de saberes-otros que se da a partir de la colonización del saber, podemos trazar una relación y decir que en esta operatoria disciplinaria de normalización de saberes, se deja entrever que en los procedimientos desplegados subyace una negación de aquellos saberes no institucionalizados, considerados de algún modo inferiores y por lo tanto no “aptos” para el ámbito científico.

Al respecto, la perspectiva de Anibal Quijano nos brinda ciertos aportes para complementar lo desarrollado. Dicho autor menciona que la colonialidad del poder como un poder global que emerge a partir de la colonización de América, ha dado lugar a la configuración de un tipo de conocimiento legítimo y universal, el cual se impone al resto de las culturas. Para lograrlo, ha utilizado el *discurso del racismo o teoría de las razas* que ha servido para reproducir el imaginario social a partir del cual los pueblos colonizados se consideraron inferiores. Por lo tanto, a partir de dicha distinción jerárquica se han reprimido sus modos de conocer, modos de sentir, modos de vida y visiones del mundo. En palabras de Quijano (1992):

La represión recayó, ante todo, sobre los modos de conocer, de producir conocimiento, de producir perspectivas, imágenes y sistemas de imágenes, símbolos, modos de significación; sobre los recursos, patrones e instrumentos de expresión formalizada y objetivada, intelectual o visual. Fue seguida por la imposición del uso de los propios patrones de expresión de los dominantes (...) (p. 12).

La colonialidad cultural se ha valido de diferentes mecanismos hasta lograr imponer, no solo un único paradigma de conocimiento válido sino también un modelo cultural, un modelo a seguir, como un modo de vivir legítimo y que sitúa a los individuos dentro de los márgenes del poder, entendido como un prestigio o privilegio. Este mecanismo ha sido similar en los diversos pueblos colonizados por Europa. Pero particularmente en América Latina, el genocidio de pueblos enteros ha llevado al extremo la eliminación de modos de conocer y de expresarse². Quijano afirma que la colonialidad es el modo de dominación que trasciende al colonialismo, aquel orden político finalizado tras las “independencias”. Así, la colonialidad ha posibilitado la emergencia de un *poder global* y en consecuencia un paradigma de conocimiento que se ha establecido como una totalidad cerrada (Quijano, 1992).

Cabe aclarar en este punto, la presencia de una distancia que incluso podría considerarse una dificultad ante la vinculación de estos autores. Foucault no comprende al poder como posesión, sino más bien como algo que se ejerce y que circula, tal como se vio en el capítulo I. Quijano por su parte, entiende la colonialidad del poder en términos de dominación. Si bien ambos pensadores entienden al poder desde perspectivas diferentes, es interesante rescatar los aportes que nos brinda Foucault para comprender cómo la disciplinarización de los saberes conduce a un monopolio de saber denominado *ciencia*. La ciencia como “*policía disciplinaria*” va a

² Es preciso mencionar aquí que, la eliminación a la que hacemos referencia no es absoluta. Al respecto pueden mencionarse casos recientes de reemergencia de diversos pueblos considerados extintos por los dispositivos saber-poder, tales como los Charrúas de Uruguay, Diaguitas y Huarpes. Los procesos de reemergencias que han llevado a cabo, cada uno a su modo, muestran cómo los saberes, quehaceres y lenguas entran en puja y resistencia para ser reconocidas. Al respecto de estos procesos, pueden consultarse:

1) Rodríguez, M., Ana Maria Magalhães de Carvalho y Mónica Michelena. (2018). “Somos charrúas, un pueblo que sigue en pie: invisibilizaciones y procesos de reemergencia indígena en Uruguay”. Pedro Canales Tapia (Ed.) En: *El pensamiento y la lucha. Los pueblos indígenas en América Latina: organización y discusiones con trascendencia*, Santiago de Chile: Ariadna Ediciones, pp. 41-62.

2) Sabio Collado, M. V. (2013). “La ancestría diaguita, una filiación restituida”. *Uturunku Achachi*, 2, pp. 22-39. 3) Escolar, D. (2007). *Los Dones étnicos de la Nación: Identidades Huarpe y Modos de Producción de Soberanía en Argentina*, Buenos Aires: Prometeo Libros.

ser un eslabón indispensable para garantizar que el disciplinamiento sea efectivo, paradójicamente no solo fue un resultado de la disciplina sobre los saberes sino que también es quién lo hace posible. Es decir, garantiza la descalificación, la jerarquización, normalización y centralización de los saberes, procedimientos que operan, como se dijo, sobre una base de la negación de lo diferente, expresados a través del discurso del racismo. Podemos decir que, de acuerdo a lo desarrollado, la ciencia no es más que la reproducción de las desigualdades epistemológicas que el disciplinamiento de saberes trae consigo. Las disciplinas auto-validan su conocimiento como legítimo dentro de los marcos de su disciplinariedad, dejando de lado la realidad concreta, es decir, a los otros y sus saberes. Ahora bien, teniendo presente lo desarrollado, seguidamente nos interesa revisar, desde la teoría foucaultiana, cómo podría operar la negación de estos saberes-otros en el seno de la ciencia moderna y la conformación de categorías tales como saberes “inferiores” o “inútiles” que se instala en el sentido común y que sin duda están atravesadas por el discurso del racismo.

Racismo epistémico como dispositivo de normalización

A lo largo de lo desarrollado ha podido notarse que el análisis de Foucault no se ocupa de aspectos tales como la colonialidad del poder y del saber. Aun así, hay elementos que nos permiten nutrir la comprensión sobre el vínculo entre lo epistemológico y el análisis político desde una mirada decolonial. Tales elementos tienen como marco el desarrollo de su teoría sobre el biopoder, entendido como un mecanismo de poder con la particularidad de articular la disciplina y la biopolítica mediante la *norma*.

A modo de aclaración, cabe mencionar que a continuación se hará referencia a estos dos mecanismos de poder que se vinculan de manera heterárquica, la disciplina y el biopoder pero que, a su vez, poseen sus propias tácticas y estrategias, sus propios campos. En este sentido, la normalización es entendida y puesta a funcionar según se enmarque en estos mecanismos y opere de acuerdo a lo que éstos demandan. Más precisamente, la normalización en sentido disciplinario y la normalización en sentido biopolítico, aunque no necesariamente se traten de dispositivos aislados, cumplen sus

roles específicos. Así es que, en el primer caso, la disciplina que tiene por objeto en un primer sentido el control sobre los cuerpos individuales y en su segundo sentido, la homogeneización de saberes a partir de la coacción de la ciencia, ambos conllevan un tipo de normalización de acuerdo a estas demandas. En la misma línea, el biopoder que se dirige específicamente a la vida de la población, desplegará un modo de normalización a través de las regulaciones de vida y muerte. Sin embargo, es preciso recordar, que el biopoder se apropia e integra a su operatoria diversas técnicas del poder disciplinario en el ejercicio de la biopolítica. Por este motivo, resulta pertinente citar como Foucault (2008) conceptualiza a la *norma*, con el fin de explicitar cómo ambas *normalizaciones* son conjugadas en los dispositivos del biopoder³.

La norma es lo que puede aplicarse tanto a un cuerpo que se quiere disciplinar cuanto a una población que se pretende regularizar. En esas condiciones, la sociedad de normalización no es, entonces, una especie de sociedad disciplinaria generalizada, cuyas instituciones disciplinarias habrían multiplicado como un enjambre para cubrir finalmente todo el espacio; ésta no es más, creo, que una primera interpretación, e insuficiente, de la idea de sociedad de normalización. La sociedad de normalización es una sociedad donde se cruzan, según una articulación ortogonal, la norma de la disciplina y la norma de la regulación (Foucault, 2008, p. 229).

En el capítulo I se ha mencionado brevemente cómo el biopoder despliega mecanismos dirigidos a controlar y “mejorar” la vida globalmente. Sobre el modo en que la biopolítica opera, a saber, “*hacer vivir, dejar morir*”, Foucault pone en cuestión una problemática interna a aquella, y tiene que ver con el interrogante de cómo

³ En el análisis foucaultiano se destaca un dispositivo que ejemplifica esta imbricación entre *norma regularizadora* y *norma disciplinaria*, se trata de la sexualidad. “La sexualidad fue importante por muchas razones, pero en particular por las siguientes: por un lado, como conducta precisamente corporal, la sexualidad está en la órbita de un control disciplinario, individualizador, en forma de vigilancia permanente (y, por ejemplo, los famosos controles de la masturbación que se ejercieron sobre los niños desde fines del siglo XVIII hasta el siglo XX, y esto en el medio familiar, escolar, etcétera, representan exactamente ese aspecto de control disciplinario de la sexualidad); por el otro, se inscribe y tiene efecto, por sus consecuencias procreadoras, en unos procesos biológicos amplios que ya no conciernen al cuerpo del individuo sino a ese elemento, esa unidad múltiple que constituye la población. La sexualidad está exactamente en la encrucijada del cuerpo y la población. Compete, por tanto, a la disciplina, pero también a la regularización”. (Foucault, 2008, pp. 227-228)

justificar la muerte cuando la función del biopoder es acrecentar la vida. Las tecnologías que utiliza el biopoder son contendientes a controlar la vida, es decir, se adjudican el derecho de hacer vivir, lo que en definitiva significa *cómo* vivir y *quién* vive. A raíz de esta cuestión, Foucault (2008) logra poner a la luz que, para poder justificar la muerte, el biopoder se vale de un medio vigente desde hace mucho tiempo: el *racismo*, pero que tiene la particularidad de ingresar por primera vez a los mecanismos del Estado a través del biopoder (p. 230), dando origen al racismo de Estado y cabe decir, atravesando los mecanismos que se despliegan desde lo estatal.

El racismo se inscribió como mecanismo fundamental del poder, tal como se ejerce en los Estados modernos y en la medida en que hace que prácticamente no haya funcionamiento moderno del Estado que, en cierto momento, en cierto límite y ciertas condiciones, no pase por él. (Foucault, 2008, p. 230).

Cabe aclarar que el análisis sobre el racismo se da en el marco de la teoría del biopoder, y a este autor específicamente le interesa el racismo en tanto y en cuanto ingresa a los mecanismos de Estado como un dispositivo de guerra y que constituye así una razón de Estado. En otras palabras, Foucault no realiza un análisis del racismo en sí mismo, sino en cuanto le sirve para explicar la operatoria del Estado moderno en la lógica del biopoder, como se dijo una lógica de guerra permanente⁴. Tal análisis no se vincula con la disciplinarización de saberes ni con la normalización disciplinaria de forma directa. Sin embargo, teniendo presente lo mencionado, pretendemos realizar una comparación entre lo que expone sobre el racismo, es decir cuáles son los dispositivos y operatorias que ponen en acción a partir de él, y la disciplinarización de saberes, que a partir del siglo XVIII también constituye un mecanismo estatal, como el

⁴ Al respecto, Foucault (2008) aclara: “Mi interés era —y sigue siendo— tratar de ver cómo apareció, en Occidente, cierto análisis (crítico, histórico y político) del Estado, sus instituciones y sus mecanismos de poder. Este análisis se elabora en términos binarios: (..) está conformado por dos conjuntos no sólo perfectamente distintos sino opuestos. Y esa relación de oposición (...) es, de hecho, una relación de guerra, de guerra permanente: el Estado no es otra cosa que la manera misma en que ésta continúa librándose, con formas aparentemente pacíficas, entre los dos conjuntos en cuestión. A partir de ahí, querría mostrar cómo se expresa un análisis de este tipo, naturalmente, en una esperanza, un imperativo y una política de revuelta o revolución a la vez. El fondo de mi problema es ése, no el racismo. (p. 85-86)

discurso del racismo. Entendiendo que el racismo es tomado aquí como un dispositivo vinculado a la normalización biopolítica (a través de la cual se aplica la regularización de la vida y el poder de muerte sobre la población) intentaremos, y quizás con ciertas limitaciones y riesgos, realizar una comparación entre lo desarrollado por Foucault y lo propuesto por Quijano en torno al racismo. Con esta comparación pretendemos cuestionarnos si el racismo podría entenderse como una parte fundamental que subyace a la disciplinarización de saberes, o más bien, si es posible pensar que la disciplinarización de saberes se sirva del racismo como dispositivo de *normalización*, podríamos decir, a modo de racismo epistémico.

Al respecto del análisis de Foucault sobre el racismo, resulta interesante destacar cómo se vincula el *modus operandi* del *racismo* con el *evolucionismo*, aquella teoría que, más allá de Darwin y del ámbito científico propiamente dicho, se arraigó en el siglo XIX como un modo de argumentar los mecanismos mediante los cuales se ejerce el derecho de muerte. Más precisamente, “(...) cada vez que hubo enfrentamiento, crimen, lucha, riesgo de muerte, existió la obligación literal de pensarlos en la forma del evolucionismo” (Foucault, 2008, p. 232). Es decir, en términos de adaptabilidad al medio y de “mejores” o “peores” especies, aquello que no se adapta a las condiciones del medio deja de existir, se lo *deja morir*. En este sentido, podemos trazar una suerte de paralelismo y quizás, metafóricamente, cuestionarnos si los procedimientos de *selección* que despliega el disciplinamiento de los saberes pueden también considerarse como un “dejar morir”. En tanto y en cuanto aquellos saberes considerados a través de categorías tales como “salvajes” o “inferiores”, y por lo tanto “no adaptables” -en términos del evolucionismo- deben excluirse del ordenamiento de disciplinas consideradas como legítimas, aquellas que han podido franquear los umbrales.

Precisamente, el racismo como un medio eficaz para permitir la justificación de la muerte, posee dos funciones principales. En primer lugar, sirve para “(...) introducir por fin un corte en el ámbito de la vida que el poder tomó a su cargo: el corte entre lo que debe vivir y lo que debe morir” (Foucault, 2008, p. 230). Considerado así, podemos

decir que el racismo también opera atravesando el procedimiento de selección de saberes que, recordemos, opera fundamentalmente en la Universidad como institución que se encarga de descalificar aquellos saberes “no aptos”. En un sentido análogo, la descalificación podría considerarse como *dejar morir* saberes-otros. Cabe aclarar, que se toma a la muerte en un sentido ilustrativo o más bien, indirecto para hacer alusión a la operatoria que los mecanismos disciplinarios acarrea, es decir el desplazamiento y negación de saberes-otros.

A su vez, Foucault indica que el *racismo* va a operar con una segunda función que establece un tipo de relación biológica a través de un razonamiento bélico, ahora transformado y actualizado en consonancia con el biopoder. Este razonamiento de guerra versa en términos de “cuanto más tienden a desaparecer las especies inferiores, (...) más podré proliferar” (Foucault, 2008, p. 231). Es decir que, en este segundo caso, tiene como meta la justificación de la muerte de lo anormal, de lo otro, de lo peligroso no solo como un modo de “cuidar” la propia vida, sino como el modo de mejorar o purificarla. Dicho en otras palabras “la muerte del otro, la muerte de la mala raza, de la raza inferior (o del degenerado o el anormal), es lo que va a hacer que la vida en general sea más sana; más sana y más pura” (Foucault, 2008, p. 231). Una vez más, esta segunda función del racismo, análogamente también se da en el ámbito epistémico, en la disciplinarización. La *selección* y *jerarquización* de saberes se da principalmente para fortalecer un tipo de conocimiento, un modo de conocer que está atravesado por los ideales las Luces, que otorga a la razón la fe del progreso y la evolución. De esta forma, la ciencia moderna que, como decíamos funciona como “policía disciplinaria” y garantiza la disciplinarización de saberes, a su vez va a garantizar su propia continuidad, dicho en los términos que veníamos planteando, se *fortalece* y *purifica* a sí misma. Esta suerte de metáfora que nos estamos planteando tiene el objetivo de mostrar cómo el racismo se vincula estrechamente con la operatoria de la disciplina sobre los saberes.

En este sentido, el planteo se vincula a la *idea de raza* que propone Anibal Quijano. A diferencia de Foucault, Quijano (2014) considera que la *idea de raza* funciona como una matriz mediante la cual se instauran las desigualdades de la dominación y opera como el elemento más estable de la colonialidad del poder. La *idea de raza* produce la clasificación social a partir de ciertas categorías que se conforman a partir de diferencias tomadas ahora como jerárquicas. A raíz de estas desigualdades en torno a la idea de raza emergen discursos racistas que diferencian identidades según categorías como “negros”, “indios”, “blancos”.

En América, la idea de raza fue un modo de otorgar legitimidad a las relaciones de dominación impuestos por la conquista. (...) la expansión del colonialismo europeo sobre el resto del mundo [llevó] a la elaboración de la perspectiva eurocéntrica de conocimiento y con ella a la elaboración teórica de la idea de raza como naturalización de esas relaciones coloniales de dominación (...) (Quijano, 2014, p. 779).

Vemos entonces como el racismo o la *idea de raza*, como dicho autor lo denomina, funciona de alguna manera como base para las desigualdades generando diversas categorías y discursos que luego son apropiadas teóricamente por la ciencia ganando legitimidad y naturalidad. Teniendo como base la idea de raza, emerge un discurso de clasificación social, el cual también es naturalizado gracias a los discursos científicos. De este modo, “los pueblos conquistados y dominados fueron situados en una posición natural de inferioridad y, en consecuencia, también sus rasgos fenotípicos, así como sus descubrimientos mentales y culturales” (Quijano, 2014, p. 780).

Tal como se mencionó anteriormente, vemos nuevamente cómo la ciencia moderna es atravesada por el racismo como un dispositivo para normalizar los saberes, es decir, para hacerlos circular a través de un tipo de racionalidad, de un modo de conocimiento, en definitiva. Discursos que, por un lado, continúan fortaleciendo a la racionalidad dominante y, por otro lado, descalifican saberes menores, saberes-otros. Quijano (2014) denomina a este modo de conocimiento como *Eurocentrismo*, sobre el cual afirma que “no se refiere a todos los modos de conocer

de todos los europeos y en todas las épocas, sino a una específica racionalidad o perspectiva de conocimiento que se hace mundialmente hegemónica colonizando y sobreponiéndose a todas las demás (...)” (pp. 798-799).

En este marco, Quijano (1992) no reniega de la necesidad de una totalidad en el conocimiento, como los pensadores posmodernos según su propia lectura, pero afirma que esta puede darse a partir de la heterogeneidad de culturas y no de la imposición jerárquica de unas sobre otras. Propone una convergencia de saberes que admite la intersubjetividad en el conocimiento, alberga la figura del “otro” y sus diversidades; en definitiva, propone una *pluriversalidad*. De esta manera, según Quijano, sería posible una descolonización epistemológica y, por lo tanto, el resurgimiento y re-apropiación de “nuevas” epistemologías.

De este modo, la comparación efectuada entre lo que ambos pensadores desarrollan en torno al racismo, aunque pueda traer aparejadas dificultades metodológicas teniendo en cuenta las perspectivas y el marco en que son expuestas por los mismos, pretende mostrar que la imposición de manera jerárquica de un modo de conocer por sobre la diversidad de saberes y visiones del mundo que existen están atravesadas por la idea de raza o el racismo. Tal como lo menciona Quijano, funciona como un elemento para legitimar y naturalizar las desigualdades jerárquicas. Y esto se hace patente en las diferentes categorías soslayadas a partir del discurso de la idea de raza que distingue identidades a partir de rasgos físicos, discurso que al ser apropiado por la ciencia pasa a gozar de legitimidad. Del mismo modo, se patentiza en el ámbito epistémico, aquellos saberes que se consideran inferiores o “del pasado” según el pueblo a quien pertenece, los rasgos físicos de quienes los promulgan o la ubicación geográfica desde donde emerge.

Conclusión

A lo largo del trabajo hemos intentado desarrollar ciertos elementos conceptuales de Foucault que nos permitan pensar la situación epistemológica, la configuración de ciertos saberes como científicos en detrimento de saberes-otros, aquellos que han sido históricamente desplazados de los ámbitos académicos por no “adaptarse” a ciertos parámetros de científicidad y que, aún hoy, vemos cómo tales desigualdades continúan operando en ámbitos académicos. Nuestro propósito consistió en desarrollar ciertos lineamientos que pudieran de alguna manera servirnos para comprender cómo actúa y se justifica tal mecanismo en la distinción y descalificación de saberes. Para ello, comenzamos por estudiar cómo entiende Foucault al poder en vinculación con la noción de heterarquía propuesta por Castro-Gómez, quien sostenía que el análisis de poder foucaultiano se opone a ser considerado en términos de jerarquía. Realizando un breve recorrido sobre los diversos modos de poder que describe Foucault -poder real, disciplinario y biopoder-, se concluyó que su perspectiva no se trata de una oposición sino más bien de una integración de todos los modos en que el poder pueda ejercerse, también en términos de jerarquía. Por lo tanto, ante la cuestión inicial de cómo podrían entenderse los efectos jerárquicamente dominantes de la colonialidad del saber en relación al dinamismo característico de las redes de poder, podemos decir, que el Eurocentrismo entendido como un modo de conocimiento hegemónico se da en términos de jerarquización y dominación por sobre los demás saberes.

Luego, nos enfocamos en la relación saber-poder con el fin de mostrar la interdependencia que existe entre estos, ya que no se puede dar uno sin el otro. Esta compleja relación nos introduce seguidamente a la disciplinarización de los saberes que se dan a través del Estado mediante distintos procedimientos: *selección, jerarquización, normalización y centralización*. Procedimientos que tienen como fin el

ordenamiento de saberes, y que se da en base a la primera operación de selección: descalificación de saberes-otros y agrupamiento de aquellos saberes considerados dominantes -según diversos motivos- en disciplinas. Es a raíz de estos procedimientos que surge la ciencia como disciplina global. Así es como, gracias a la Universidad como institución moderna encargada principalmente de la selección de saberes se efectiviza la disciplinarización, que según se pudo ver, se da sobre la base de la exclusión de lo diferente. Lo mencionado se vinculó con la teoría de colonialidad del poder de Anibal Quijano, quien establece que el poder colonial ha sido el encargado de reprimir los imaginarios de los dominados hasta tal punto de imponer una sola forma de conocimiento válido y un modelo cultural a seguir denominado según él *Eurocentrismo*. Vimos aquí cómo ambas perspectivas tienen puntos en común que resultan fructíferos al momento de comprender las consecuencias, asimismo, también la operatoria interna de la colonialidad del poder.

Por último, nos interesó indagar la cuestión del racismo en la teoría foucaultiana vinculada nuevamente con aportes de Quijano. Foucault entiende al racismo como un dispositivo para justificar la muerte en la biopolítica. A través de una suerte de analogía pudimos notar que el racismo también podría ser considerada la base sobre la que opera la disciplinarización de los saberes, en coincidencia con Quijano quien propone pensar la idea de raza profundamente intrincada en la colonialidad del poder, siendo quizás más estable y duradera que éste. Se ha demostrado entonces que la relación saber-poder puede apropiarse del racismo como un dispositivo de normalización de saberes, no sólo para fortalecer esta operatoria sino también para justificar la exclusión, la negación de los saberes-otros.

A lo largo del desarrollo se ha podido confirmar que Foucault no sólo no teoriza aspectos sobre la colonialidad del poder (es decir, tomando la colonización de América como un hecho fundamental y necesario para la expansión y poderío occidental) sino que además en sus análisis históricos pareciera omitir las influencias que este hecho tuvo culturalmente en Europa. Por lo tanto, vincular su perspectiva con teorías latinoamericanas resuelta en primer lugar un desafío, ya que se tratan de problemáticas vistas desde focos diferentes y de realidades también alejadas. Sin

embargo, consideramos que los aportes del análisis del poder que proporciona Foucault constituye un importante instrumento para develar la operatoria del poder respecto de los saberes. Por otro lado, reafirmamos la necesidad de pliversalidades como lo propone Quijano, servirnos de las diferentes teorías y disciplinas que puedan contribuir con miradas críticas, sin imposiciones sino a través de convergencias.

Lo desarrollado en el presente trabajo, nos invita a cuestionar ciertos mecanismos generalmente naturalizados en los que el desplazamiento de los saberes se manifiesta cotidianamente. Podemos pensar en el sistema de salud pública el cual está regido y erigido sobre una lógica médica occidental, un tipo de conocimiento científico que es aplicado a la población, heterogénea y diversa, intercultural. El saber médico opera de acuerdo a una lógica que excluye otros modos de saberes y quehaceres, respecto de la salud y el cuidado del cuerpo. A pesar de comprender la complejidad que representa la cuestión, es cuestionable, según la línea que trabajamos, la imposición de los modos de conocimientos considerados científicos y legítimos, sobre otros.

Se podría continuar el presente trabajo indagando especialmente sobre la constitución de las ciencias sociales como un saber humano que es estrictamente atravesado por determinadas relaciones de poder y que produce un tipo de sujeto. El recorrido del trabajo plantea también una cuestión que no ha sido tratada aquí, pero es fundamental en el análisis de Foucault y se trata de la teoría de gubernamentalidad; sería interesante también profundizar en esa línea. A partir de esto, indagar cómo el racismo opera puntualmente en la sociedad mediante epistemicidios, como los históricamente ocurridos contra los saberes ancestrales y cuál es el rol del gobierno, del Estado, en dicho problema. Se considera un compromiso trabajar temáticas que reivindicquen saberes situados y territorializados en un espacio de privilegio y legitimidad como lo es el académico. En este sentido, consideramos que a la Filosofía le toca asumir dicho compromiso y le cabe la tarea de ampliar los sentidos de esos otros-mundos no-occidentales, que son también nuestros mundos.

Bibliografía

Castro Gómez, Santiago (2010). *Michel Foucault, colonialismo y geopolítica*. en 1. Rodríguez y J. Martínez (ed.), "Estudios Transatlánticos Postcoloniales". Madrid. Anthropos.

Foucault, Michel (2002). *La arqueología del saber*. Buenos Aires. Siglo XXI.

Foucault, Michel (2008). *Defender la sociedad*. Buenos Aires. FCE. Clase del 14 de enero de 1976.

Foucault, Michel (1989). *Vigilar y castigar*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Quijano, Anibal (1992). Colonialidad y Modernidad/Racionalidad. *Perú Indígena*. 13(29), 11-20.

Quijano, Anibal (2014). Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina. En: Cuestiones y horizontes: de la dependencia histórico-estructural a la colonialidad/descolonialidad del poder. Buenos Aires. CLACSO